

BIBLIOTECA
del HOGAR
CRISTIANO

EL MINISTERIO DE CURACIÓN



ELENA G. de WHITE

El ministerio de curación

Elena G. de White



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Prefacio

1 - Nuestro Ejemplo

2 - Días de ministerio activo

3 - Con la naturaleza y con Dios

4 - El toque de la fe

5 - La curación del alma

6 - Salvados para servir

7 - La cooperación de lo humano con lo divino

8 - El médico como educador

9 - Enseñar y curar

10 - Ayuda para los tentados

11 - La obra en pro de los intemperantes

12 - Asistencia a los sin trabajo ni hogar

13 - El pobre desvalido

14 - Ministerio entre los ricos

15 - En el cuarto del enfermo

16 - La oración por los enfermos

17 - El uso de remedios

18 - La cura mental

19 - En contacto con la naturaleza

- 20 - Higiene general
- 21 - La higiene entre los israelitas
- 22 - La vestimenta
- 23 - La alimentación y la salud
- 24 - La carne considerada como alimento
- 25 - Los extremos en la alimentación
- 26 - Estimulantes y narcóticos
- 27 - El comercio de bebidas alcohólicas
- 28 - El ministerio del hogar
- 29 - Los fundadores del hogar
- 30 - Elección y arreglo del hogar
- 31 - La madre
- 32 - El niño
- 33 - Influencia del hogar
- 34 - La verdadera educación prepara para la obra misionera
- 35 - El verdadero conocimiento de Dios
- 36 - Peligro que entraña el conocimiento especulativo
- 37 - Lo falso y lo verdadero en la educación
- 38 - Importancia del verdadero conocimiento
- 39 - El conocimiento comunicado por la Palabra de Dios
- 40 - Ayuda en la vida cotidiana
- 41 - En el trato con los demás
- 42 - Desarrollo y servicio
- 43 - Una experiencia de índole superior

El ministerio de curación

Elena G. de White

Título del original: *The Ministry of Healing*, Pacific Press Publishing Association, Boise, ID, E.U.A.

Dirección: Aldo D. Orrego

Traducción: *Staff* de la Pacific Press Publishing Association

Diseño: Carlos Schefer

Ilustración de tapa: Lee Christensen

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. © Ellen G. White Publications.

© ACES, 1976, 2020.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-232-9

White, Elena G. de

El ministerio de curación / Elena G. de White / Dirigido por Aldo Dante Orrego. - 1ª ed. - Florida: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

ISBN 978-987-798-232-9

1. Espiritualidad cristiana. 2. Vida cristiana. I. Orrego, Aldo Dante, dir. II. Título.

CDD 248.4

Publicado el 10 de agosto de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Prefacio

Nuestro mundo está enfermo y, doquiera moran los hijos de los hombres, abunda el dolor y se busca alivio.

No es el propósito del Creador que la humanidad se vea agobiada por una carga de dolor, que sus actividades sean cercenadas por la enfermedad, que su fuerza se desvanezca o que su vida quede abreviada por las dolencias. Sin embargo, con frecuencia excesiva las leyes establecidas por Dios para regir la vida son transgredidas abiertamente; el pecado entra en el corazón y el hombre se olvida de que depende de Dios, fuente de vida y salud. A esto le siguen las penalidades de la transgresión: el dolor, la enfermedad y la muerte.

Comprender las leyes físicas que rigen el cuerpo y armonizar con estas leyes las prácticas de la vida es un deber de importancia primordial. Se necesita comprender los muchos factores que contribuyen a la felicidad verdadera: un hogar alegre, la obediencia a las leyes de la vida, la debida relación con nuestros semejantes.

Cuando aparece la enfermedad es esencial que recurramos a los diversos factores que, al cooperar con los esfuerzos de la naturaleza, fortalecerán el cuerpo y restaurarán la salud. Queda, además, una cuestión todavía mayor y de importancia aun más vital: la referente a nuestra relación con el Creador que dio originalmente la vida al hombre, y proveyó en todo sentido para que tuviese felicidad continua y aun hoy se interesa en su bienestar.

En este libro, la autora, una mujer de mucha experiencia en asuntos prácticos de la vida y dotada de rara percepción y conocimiento, puso al alcance de todo padre y toda madre

inteligentes, de todo hombre y toda mujer, del lego y del profesional, un rico acopio de informaciones sobre la vida y sus leyes, sobre la salud y sus requisitos, sobre la enfermedad y sus remedios, sobre los males del alma y el bálsamo curativo de Galaad.

El libro está escrito en lenguaje claro, sencillo y hermoso; instructivo para el que estudia; de esperanza para el desalentado; alegre y consolador para el enfermo, e impregnado de reposo para el cansado.

A través de varias décadas su mensaje auxiliador ha beneficiado a centenares de miles de lectores, pues se ha impreso y reimpresso en muchos países y en los principales idiomas del mundo.

Ojalá que esta obra, con su presentación de un camino mejor, nos revele una vida más sencilla, más dulce, más llena de gozo y alegría, más amplia en su demostración de que “más bienaventurado es dar que recibir”, y así cumpla su misión, es la sincera esperanza de los editores y

LOS FIDEICOMISARIOS DE LAS PUBLICACIONES DE ELENA G. DE WHITE.

1

Nuestro Ejemplo

Nuestro señor Jesucristo vino a este mundo como el siervo infatigable de las necesidades del hombre. “Él mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias” (Mat. 8:17), para atender toda necesidad de la humanidad. Vino para quitar la carga de enfermedad, miseria y pecado. Era su misión ofrecer a los hombres completa restauración; vino para darles salud, paz y perfección de carácter.

Variadas eran las circunstancias y necesidades de los que suplicaban su ayuda, y ninguno de los que a él acudían quedaba sin ser socorrido. De él fluía un caudal de poder curativo que sanaba de cuerpo, mente y alma a los hombres.

La obra del Salvador no se limitaba a tiempo ni lugar determinado. Su compasión no conocía límites. En tan grande escala realizaba su obra de curación y enseñanza, que no había en Palestina edificio bastante grande para dar cabida a las muchedumbres que acudían a él. Su hospital se encontraba en los verdes collados de Galilea, en los caminos reales, junto a la ribera del lago, en las sinagogas y doquiera podían llevarle enfermos. En toda ciudad, villa y aldea por donde pasaba ponía sus manos sobre los afligidos y los sanaba. Doquiera hubiese corazones dispuestos a recibir su mensaje, los consolaba con la seguridad de que su Padre celestial los amaba. Todo el día servía a los que acudían a él; y al anochecer atendía a los que habían tenido que trabajar penosamente durante el día para ganar el escaso sustento de sus familias.

Jesús cargaba con el tremendo peso de la responsabilidad por la salvación de los hombres. Sabía que sin un cambio decisivo en los principios y propósitos de la raza humana, todo se perdería. Esto acongojaba su alma, y nadie podía darse cuenta del peso que lo abrumaba. En su niñez, juventud y adultez anduvo solo. No obstante, estar con él era estar en el cielo. Día tras día sufría pruebas y tentaciones; día tras día estaba en contacto con el mal y notaba el poder que éste ejercía sobre quienes él procuraba bendecir y salvar. Pero con todo, no flaqueaba ni se desalentaba.

En todas las cosas sujetaba sus deseos estrictamente a su misión. Glorificaba su vida haciendo todo en subordinación a la voluntad de su Padre. Cuando, en su juventud, su madre, al encontrarlo en la escuela de los rabinos, le dijo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?”, su respuesta es la nota fundamental de la obra de su vida: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Luc. 2:48, 49).

Su vida era una continua abnegación. No tuvo hogar en este mundo, excepto cuando la bondad de sus amigos proveía a sus necesidades de sencillo caminante. Llevó en favor de nosotros la vida de los más pobres, y anduvo y trabajó entre los menesterosos y sufrientes. Entraba y salía entre aquellos por quienes tanto hiciera sin que lo reconocieran ni lo honraran.

Siempre se lo veía paciente y alegre, y los afligidos lo aclamaban como mensajero de vida y paz. Veía las necesidades de hombres y mujeres, niños y jóvenes, y a todos invitaba diciéndoles: “Venid a mí” (Mat. 11:28).

En el curso de su ministerio Jesús dedicó más tiempo a la curación de los enfermos que a la predicación. Sus milagros

atestiguaban la verdad de sus palabras: que no había venido a destruir sino a salvar. Doquiera iba, las nuevas de su misericordia lo precedían. Donde había pasado se alegraban en plena salud los que habían sido objeto de su compasión y usaban sus facultades recuperadas. Los muchedumbres los rodeaban para oírlos hablar de las obras que había hecho el Señor. Su voz era para muchos el primer sonido que oyeran, su nombre la primera palabra que jamás pronunciaran, su rostro el primero que jamás contemplaran. ¿Cómo no habrían de amar a Jesús y darle gloria? Cuando pasaba por pueblos y ciudades era como una corriente vital que esparcía vida y gozo.

“¡Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,
camino del mar, al otro lado del Jordán,
Galilea de los gentiles!
El pueblo que habitaba en tinieblas vio
gran luz,
y a los que habitaban en región de
sombra de muerte,
luz les resplandeció” (Mat. 4:15, 16).

El Salvador aprovechaba cada curación que hacía para implantar principios divinos en la mente y el alma. Tal era el propósito de su obra. Prodigaba bendiciones terrenales para poder inclinar el corazón de los hombres para recibir el evangelio de su gracia.

Cristo hubiera podido ocupar el más alto puesto entre los maestros de la nación judaica, pero prefirió llevar el evangelio a los pobres. Iba de lugar en lugar, para que los que se encontraban en los caminos reales y en los atajos oyeran las palabras de verdad. A orillas del mar, en las laderas de los montes, en las calles de la ciudad y en la sinagoga se oía su voz explicando las Escrituras. Muchas

veces enseñaba en el atrio exterior del templo para que los gentiles oyeran sus palabras.

Las explicaciones que de las Escrituras daban los escribas y fariseos discrepaban tanto de las de Cristo que llamaba la atención de la gente. Los rabinos hacían hincapié en la tradición, en teorías y especulaciones humanas. Muchas veces, en lugar de la Escritura misma, daban lo que los hombres habían enseñado y escrito acerca de ella. El tema de lo que enseñaba Cristo era la Palabra de Dios. A quienes lo cuestionaban los enfrentaba con un sencillo “Escrito está”, “¿Qué dice la Escritura?” o “¿Cómo lees?” Cada vez que un amigo o un enemigo manifestaba interés, Cristo le presentaba la Palabra. Proclamaba con claridad y potencia el mensaje del evangelio. Sus palabras derramaban raudales de luz sobre las enseñanzas de patriarcas y profetas, y así las Escrituras llegaban a los hombres como una revelación nueva. Nunca hasta entonces habían percibido sus oyentes tanta profundidad de significado en la Palabra de Dios.

Jamás hubo evangelista como Cristo. Él era la Majestad del cielo; pero se humilló hasta tomar nuestra naturaleza para ponerse al nivel de los hombres. A todos, ricos y pobres, libres y esclavos, ofrecía Cristo, el Mensajero del pacto, las nuevas de la salvación. Su fama de Sanador incomparable cundía por toda Palestina. Con el fin de pedirle auxilio, los enfermos acudían a los sitios por donde iba a pasar. Allí también acudían muchos que anhelaban oír sus palabras y sentir el toque de su mano. Así iba el Rey de gloria, en el humilde ropaje de la humanidad, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, predicando el evangelio y sanando a los enfermos.

Asistía a las grandes fiestas de la nación, y a la multitud absorta en las ceremonias externas hablaba de las cosas del

cielo y ponía la eternidad a su alcance. A todos les traía tesoros sacados del depósito de la sabiduría. Les hablaba en un lenguaje tan sencillo que no podían dejar de entenderlo. Valiéndose de propios métodos peculiares aliviaba a los tristes y afligidos. Con gracia tierna y cortés atendía a las almas enfermas de pecado y les ofrecía salud y fortaleza.

El Príncipe de los maestros procuraba acceder a la gente por medio de las cosas que les resultaban más familiares. Presentaba la verdad de un modo que la dejaba para siempre entretejida con los más santos recuerdos y simpatías de sus oyentes. Enseñaba de tal manera que les hacía sentir cuán completamente se identificaba con los intereses y la felicidad de ellos. Tan directa era su enseñanza, tan adecuadas sus ilustraciones, y tan impregnadas de simpatía y alegría sus palabras, que sus oyentes se quedaban embelesados. La sencillez y el fervor con que se dirigía a los necesitados santificaban cada una de sus palabras.

¡Qué vida atareada era la suya! Día tras día se lo podía ver entrando en las humildes viviendas de los menesterosos y afligidos para dar esperanza al abatido y paz al angustiado. Henchido de misericordia, ternura y compasión, levantaba al agobiado y consolaba al afligido. Por doquiera iba, llevaba bendición.

Mientras atendía al pobre, Jesús buscaba el modo de interesar también al rico. Buscaba el trato con el acaudalado y culto fariseo, con el judío de noble estirpe y con el gobernante romano. Aceptaba las invitaciones de unos y otros, asistía a sus banquetes, se familiarizaba con sus intereses y ocupaciones para abrirse camino a sus corazones y revelarles las riquezas imperecederas.

Cristo vino al mundo para enseñar que si el hombre recibe poder de lo alto, puede llevar una vida intachable. Con incansable paciencia y con simpática prontitud para ayudar hacía frente a las necesidades de los hombres. Mediante el suave toque de su gracia desterraba de las almas las inquietudes y dudas, y cambiaba la enemistad en amor y la incredulidad en confianza.

Decía a quien quería: “Sígueme”, y el que oía la invitación se levantaba y lo seguía. Roto quedaba el hechizo del mundo. Al sonido de su voz el espíritu de avaricia y ambición huía del corazón, y los hombres se levantaban, libertados, para seguir al Salvador.

Amor fraternal

Cristo no admitía distinción alguna de nacionalidad, estatus social o credo. Los escribas y fariseos deseaban hacer de los dones del cielo un beneficio local y nacional, y excluir de Dios al resto de la familia humana. Pero Cristo vino para derribar toda valla divisoria. Vino para manifestar que su don de misericordia y amor es tan ilimitado como el aire, la luz o las lluvias que refrescan la tierra.

La vida de Cristo fundó una religión sin castas; una religión en la que judíos y gentiles, libres y esclavos, unidos por los lazos de fraternidad, eran iguales ante Dios. Ninguna política de procedimiento influenció sus movimientos. No hacía diferencia entre vecinos y extraños, amigos y enemigos. Lo que conmovía el corazón de Jesús era el alma sedienta del agua de vida.

Nunca despreciaba a nadie como inútil, sino que procuraba aplicar a toda alma su remedio curativo. Cualesquiera que fueran las personas con quienes se encontrase, siempre sabía darles alguna lección adecuada al tiempo y las

circunstancias. Cada descuido o insulto del hombre para con el hombre le hacía sentir tanto más la necesidad que la humanidad tenía de su simpatía divina y humana. Procuraba infundir esperanza en los más rudos y los que menos prometían, presentándoles la seguridad de que podían llegar a ser sin tacha e inofensivos, poseedores de un carácter que los diera a conocer como hijos de Dios.

Muchas veces se encontraba con los que habían caído bajo la influencia de Satanás y no tenían poder para desasirse de sus lazos. A cualquiera de ellos, desanimado, enfermo, tentado, caído, Jesús le dirigía palabras de la más tierna compasión, palabras que necesitaba y que podía entender. A otros, que peleaban a brazo partido con el enemigo de las almas, los animaba a que perseveraran, asegurándoles que vencerían, pues los ángeles de Dios estaban de su parte y les darían la victoria.

A menudo se sentaba a la mesa de los publicanos como huésped distinguido, demostrando por medio de su simpatía y la bondad de su trato social que reconocía la dignidad humana; y los hombres anhelaban hacerse dignos de su confianza. En esos corazones sedientos sus palabras caían con poder bendito y vivificador. Se despertaban nuevos impulsos, y a estos parias de la sociedad se les abría la posibilidad de una vida nueva.

Aunque judío, Jesús trataba libremente con los samaritanos, y despreciando las costumbres y los prejuicios farisaicos de su nación, aceptaba la hospitalidad de ese pueblo despreciado. Dormía bajo sus techos, comía a su mesa -compartiendo los manjares preparados y servidos por sus manos-, enseñaba en sus calles, y los trataba con la mayor bondad y cortesía. Y al par que se ganaba sus corazones por medio de los vínculos de su humana

simpatía, su gracia divina les llevaba la salvación que los judíos rechazaban.

Ministerio personal

Cristo no despreciaba oportunidad alguna para proclamar el evangelio de salvación. Escuchen las admirables palabras que dirigiera a la samaritana. Estaba sentado junto al pozo de Jacob, cuando vino la mujer a sacar agua. Con sorpresa de ella, Jesús le pidió un favor: “Dame de beber”. Deseaba beber algo refrescante, y al mismo tiempo abrir el camino para ofrecerle a ella el agua de vida. Dijo la mujer: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? -porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí”. Respondió Jesús: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’, tú le pedirías, y él te daría agua viva... Cualquiera que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:6-14).

¡Cuán vivo interés manifestó Cristo en esta sola mujer!
¡Cuán fervorosas y elocuentes fueron sus palabras! Al oírlas la mujer dejó el cántaro y se fue a la ciudad para decir a sus amigos: “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?” Leemos que “muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él” (vers. 29, 39). ¿Quién puede apreciar la influencia que semejantes palabras ejercieron para la salvación de almas desde entonces hasta hoy?

Doquiera haya corazones abiertos para recibir la verdad, Cristo está dispuesto a enseñársela, revelándoles al Padre y el servicio que agrada al Ser que lee los corazones. Con los tales no se vale de parábolas sino que, como a la mujer

junto al pozo, les dice claramente: “Yo soy, el que habla contigo” (vers. 26).

2

Días de ministerio activo

En la vivienda del pescador en Capernaum la suegra de Pedro yacía enferma de “gran fiebre; y le rogaron por ella”. Jesús la tomó de la mano “y la fiebre la dejó” (Luc. 4:38, 39; Mar. 1:30, 31; Mat. 8:14, 15). Entonces ella se levantó y sirvió al Salvador y a sus discípulos.

Con rapidez cundió la noticia. El milagro se había realizado en sábado, y por temor a los rabinos la gente no se atrevió a acudir en busca de curación hasta después de la puesta del sol. Entonces, de sus casas, talleres y mercados los habitantes de la ciudad se dirigieron presurosos a la humilde morada que albergaba a Jesús. Los enfermos eran traídos en camillas, otros, que venían apoyándose en bordones o sostenidos por amigos, llegaban tambaleantes a la presencia del Salvador.

Hora tras hora venían y se iban; pues nadie podía saber si al día siguiente hallaría al Médico divino aún entre ellos. Nunca hasta entonces había presenciado Capernaum un día semejante. El aire estaba lleno con las voces de triunfo y los gritos de liberación.

No cesó Jesús su obra hasta que hubo aliviado al último enfermo. Muy entrada era la noche cuando la muchedumbre se alejó y la morada de Simón quedó sumida en el silencio. Pasado tan largo y laborioso día, Jesús procuró descansar; pero mientras la ciudad dormía, el Salvador, “levantándose muy de mañana... salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Mar. 1:35).

Temprano por la mañana Pedro y sus compañeros fueron a Jesús para decirle que lo buscaba todo el pueblo de Capernaum. Con sorpresa oyeron estas palabras de Cristo: “Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios, porque para esto he sido enviado” (Luc. 4:43).

En la excitación de que era presa Capernaum había peligro de que se perdiera de vista el objetivo de su misión. Jesús no se daba por satisfecho con llamar la atención sobre sí mismo como mero taumaturgo o sanador de enfermedades físicas. Quería atraer a los hombres como su Salvador. Mientras las muchedumbres anhelaban creer que Jesús había venido como rey para establecer un reino terrenal, él se esforzaba por desviar a esas mentes de lo terrenal a lo espiritual. El mero éxito mundanal habría obstaculizado su obra.

Y la admiración de la frívola muchedumbre discordaba con su espíritu. En su vida no existía reclamo alguno de derechos. El homenaje que el mundo tributa a la posición social, a la riqueza o al talento era extraño al Hijo del hombre. Jesús no se valió de ninguno de los medios que emplean los hombres para granjearse la lealtad y el homenaje. Siglos antes de su nacimiento se había profetizado de él: “No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que se extingue; por medio de la verdad traerá la justicia” (Isa. 42:2, 3).

Los fariseos buscaban la distinción por medio de su escrupuloso formalismo ceremonial y por la ostentación de sus actos religiosos y limosnas. Probaban su celo religioso haciendo de la religión el tema de sus discusiones. Largas y ruidosas eran las disputas entre sectas opuestas, y no era

raro oír en las calles la voz airada de sabios doctores de la ley empeñados en acaloradas controversias.

Todo esto contrastaba con la vida de Jesús, en la que jamás se vio ruidosas disputas, ni actos de adoración ostentosa ni esfuerzo por cosechar aplausos. Cristo estaba escondido en Dios, y Dios se revelaba en el carácter de su Hijo. A esta revelación deseaba Jesús encaminar la mente de la gente.

El Sol de Justicia no apareció a la vista del mundo con esplendor para deslumbrar los sentidos con su gloria. Escrito está de Cristo: “Como el alba es su salida” (Ose. 6:3). Suave y gradualmente raya el alba en la tierra, disipando las tinieblas y despertando el mundo a la vida. Así también nació el Sol de Justicia, trayendo “en sus alas... salvación” (Mal. 4:2).¹

“Este es mi siervo,
yo lo sostendré;
mi escogido,
en quien mi alma tiene contentamiento”
(Isa. 42:1).

“Fuiste fortaleza para el pobre,
fortaleza para el necesitado en su
aflicción,
refugio contra la tormenta,
sombra contra el calor” (Isa. 25:4).

“Así dice Jehová, Dios,
Creador de los cielos y el que los
despliega;
el que extiende la tierra y sus productos;
el que da aliento al pueblo que mora en
ella,
y espíritu a los que por ella caminan:
‘Yo, Jehová, te he llamado en justicia,
y te tendré por la mano;

te guardaré y te pondré por pacto al pueblo,
por luz de las naciones,
para que abras los ojos de los ciegos,
para que saques de la cárcel a los presos
y de casas de prisión a los que moran en tinieblas' ” (Isa. 42:5-7).

“Guiaré a los ciegos por camino que no conocían;
los haré andar por sendas que no habían conocido.

Delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz
y lo escabroso en llanura.

Estas cosas les haré y no los desampararé” (vers. 16).

“Cantad a Jehová un nuevo cántico,
su alabanza desde el extremo de la tierra;

los que descendéis al mar y cuanto hay en él,

las costas y sus moradores.

Alcen la voz el desierto y sus ciudades,
las aldeas donde habita Cedar;
canten los moradores de Sela;
desde la cumbre de los montes den voces de júbilo.

Den gloria a Jehová y anuncien sus loores en las costas” (vers. 10-12).

“Cantad loores, cielos,
porque Jehová lo hizo;
gritad con júbilo, profundidades de la tierra.

Prorrumpid, montes, en alabanza,
y el bosque y todo árbol que hay en él,

porque Jehová redimió a Jacob y en Israel será glorificado” (Isa. 44:23).

Manifestó su gloria y los discípulos creyeron

Desde la cárcel de Herodes, donde desanimado y perplejo con respecto a la obra del Salvador, Juan el Bautista velaba y aguardaba, mandó a dos de sus discípulos a Jesús con el mensaje:

“¿Eres tú aquél que había de venir o esperaremos a otro?” (Mat. 11:3).

El Salvador no respondió en el acto a la pregunta de esos discípulos. Mientras ellos esperaban, extrañando su silencio, los afligidos acudían a Jesús. La voz del poderoso Sanador penetraba en los oídos de los sordos. Una palabra, un toque de su mano, abría los ojos ciegos para que contemplasen la luz del día, las escenas de la naturaleza, los rostros amigos y el semblante del Libertador. Su voz llegaba a los oídos de los moribundos, y éstos se levantaban sanos y vigorosos. Los endemoniados parálíticos obedecían su palabra, les dejaba la locura y lo adoraban a él. Los campesinos y jornaleros pobres, de quienes se apartaban los rabinos por creerlos impuros, se reunían a su alrededor y él les hablaba palabras de vida eterna.

Así transcurrió el día, viéndolo y oyéndolo todo los discípulos de Juan. Finalmente Jesús los llamó y les mandó que volvieran a Juan y le dijeran lo que habían visto y oído, y añadió: “Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (vers. 6). Los discípulos llevaron el mensaje, y eso bastó.

Juan recordó la profecía concerniente al Mesías: “Me ha ungido Jehová. Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, y

publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros abertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová... a consolar a todos los que están de luto” (Isa. 61:1, 2). Jesús de Nazaret era el Prometido. Demostraba su divinidad al satisfacer las necesidades de la humanidad doliente. Su gloria resaltaba por su condescendencia al colocarse a nuestro humilde nivel.

Las obras de Cristo no sólo declaraban que era el Mesías, sino que manifestaban cómo iba a establecerse su reino. Juan percibió en revelación la misma verdad que le fue comunicada a Elías en el desierto cuando “un viento grande y poderoso rompía los montes y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Tras el viento hubo un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Tras el terremoto hubo un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego”; pero después del fuego Dios habló al profeta en voz apacible y suave (1 Rey. 19:11, 12). Así también Jesús iba a realizar su obra: no trastornando tronos y reinos, no con pompa u ostentación exterior, sino hablando al corazón de los hombres mediante una vida de misericordia y desprendimiento.

El reino de Dios no viene con exhibiciones externas. Viene mediante la dulzura de la inspiración de su Palabra, la obra interior de su Espíritu y la comunión del alma con el Ser que es su vida. La mayor demostración de su poder se advierte en la naturaleza humana llevada a la perfección del carácter de Cristo.

Los seguidores de Cristo han de ser la luz del mundo, pero Dios no les pide que hagan esfuerzo alguno para brillar. No aprueba los intentos llenos de satisfacción propia para ostentar una bondad superior. Desea que las almas sean impregnadas de los principios del cielo, pues entonces, al relacionarse con el mundo, manifestarán la luz que hay en

ellos. Su inquebrantable fidelidad en cada acto de la vida será un medio de iluminación. Ni las riquezas ni la alta posición social, ni la indumentaria costosa, ni los suntuosos edificios o mobiliarios son esenciales para el adelanto de la obra de Dios; ni tampoco las hazañas que reciben el aplauso de los hombres y fomentan la vanidad. La ostentación mundana, por imponente que sea, carece de valor a la vista de Dios. Por sobre lo visible y temporal, él aprecia lo invisible y eterno. Lo primero tiene valor tan sólo cuando expresa lo segundo. Las obras de arte más exquisitas no tienen belleza comparable con la del carácter, que es el fruto de la obra del Espíritu Santo en el alma.

Cuando Dios dio a su Hijo a nuestro mundo, dotó a los seres humanos de riquezas imperecederas; riquezas que no tienen punto de comparación con los tesoros humanos acumulados desde que el mundo es mundo. Cristo vino a la tierra y se presentó ante los hijos de los hombres con el atesorado amor de la eternidad, y tal es el caudal que, por medio de nuestra unión con él, podemos recibirlo, manifestarlo y distribuirlo.

La eficacia del esfuerzo humano en la obra de Dios se corresponderá con la consagración del obrero: por medio de la revelación del poder de la gracia de Dios para transformar la vida. Hemos de distinguirnos del mundo porque Dios imprimió su sello en nosotros y porque manifiesta en nosotros su carácter de amor. Nuestro Redentor nos ampara con su justicia.

Al escoger a hombres y a mujeres para su servicio, Dios no pregunta si tienen bienes terrenales, cultura o elocuencia. Su pregunta es: “¿Andan ellos en tal humildad que yo pueda enseñarles mi camino? ¿Puedo poner mis palabras en sus labios? ¿Me representarán a mí?”

Dios puede emplear a cada cual en la medida en que pueda poner su Espíritu en el templo del alma. Aceptará la obra que refleje su imagen. Sus seguidores han de llevar, como credenciales ante el mundo, las indelebles características de sus principios inmortales.

“En su brazo llevará los corderos”

Mientras Jesús desempeñaba su ministerio en las calles de las ciudades, las madres con sus pequeñuelos enfermos o moribundos en brazos se abrían paso por entre la muchedumbre para ponerse al alcance de su atención.

Contemplan a esas madres, pálidas, cansadas, casi desesperadas, y no obstante resueltas y perseverantes. Con su carga de sufrimientos buscan al Salvador. Cuando la agitada muchedumbre las empuja hacia atrás, Cristo se abre paso poco a poco hasta llegar junto a ellas. Brota la esperanza en esos corazones. Derraman lágrimas de gozo cuando consiguen llamarle la atención y se fijan en los ojos que expresan tanta compasión y tanto amor.

Dirigiéndose a una de las del grupo, el Salvador alienta su confianza diciéndole: “¿Qué puedo hacer por ti?” Entre sollozos ella le expone su gran necesidad: “Maestro, que sanes a mi hijo”. Cristo toma al niño de sus brazos y a su toque desvanécese la enfermedad. Huye la palidez mortal; vuelve a fluir por las venas la corriente de vida; se fortalecen los músculos. La madre oye palabras de consuelo y paz. Luego se presenta otro caso igualmente urgente. De nuevo ejerce Cristo su poder vivificador, y todos alaban y honran al que hace maravillas.

Hacemos mucho hincapié en la grandeza de la vida de Cristo. Hablamos de las maravillas que realizó, de los milagros que hizo. Pero su atención a las cosas que solemos

estimar insignificantes es prueba aún mayor de su grandeza.

Los judíos acostumbraban llevar a los niños a algún rabino para que pusiese sus manos sobre ellos y los bendijera; pero los discípulos pensaban que la obra del Salvador era demasiado importante para interrumpirla así. Cuando las madres acudieron deseosas para que Cristo bendijera a sus pequeñuelos, los discípulos las miraron con desagrado. Pensaban que los niños no iban a obtener provecho de una visita a Jesús, y concluyeron que a él no le agradaría verlos. Pero el Salvador entendió el cuidado solícito y la aflicción de las madres que procuraban educar a sus hijos de acuerdo con la Palabra de Dios. Él había oído sus oraciones, y las había atraído a su presencia.

Una madre había salido de su casa con su hijo para encontrar a Jesús. En el camino dio a conocer su propósito a una vecina, y ésta a su vez también deseaba que Cristo bendijese a sus hijos. Así que fueron unas cuantas madres con sus hijos, algunos de los cuales ya habían pasado de la primera infancia a la niñez y juventud. Al exponer las madres sus deseos, Jesús escuchó con simpatía su tímida y lagrimosa petición. Pero aguardó para ver cómo las tratarían los discípulos, y al notar que éstos las reprendían y apartaban, pensando hacerle un favor, él les demostró el error en que estaban y les dijo: “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impedáis, porque de los tales es el reino de Dios” (Mar. 10:14). Luego tomó a los niños en brazos, les puso las manos encima y les dio las bendiciones por las cuales los habían traído.

Las madres quedaron consoladas. Volvieron a sus casas fortalecidas y bendecidas por las palabras de Cristo. Se sentían animadas para reasumir sus cargas con alegría renovada y trabajar con esperanza por sus hijos.

Si pudiéramos conocer la conducta ulterior de esas madres, las veríamos recordando a sus hijos la escena de ese día y repitiéndoles las amantes palabras del Salvador. También veríamos cuán a menudo, en el curso de los años, el recuerdo de esas palabras impidió que los niños se apartaran del camino trazado para los redimidos del Señor.

Cristo es hoy el mismo Salvador compasivo que caminó entre los hombres. Es hoy tan verdaderamente el ayudador de las madres como cuando en Judea tomó a los niños en sus brazos. Los niños de nuestros hogares fueron comprados por su sangre tanto como los de antaño.

Jesús conoce la carga del corazón de toda madre. El Ser cuya madre luchó con la pobreza y las privaciones simpatiza con toda madre en sus labores. El que hiciera un largo viaje para aliviar el corazón angustiado de una cananea, hará otro tanto por las madres de hoy. El que devolvió a la viuda de Naín su único hijo, y en su agonía de la cruz se acordó de su propia madre, se conmueve hoy por el pesar de las madres. Él las consolará y ayudará en toda aflicción y necesidad.

Acudan, pues, a Jesús las madres con sus perplejidades. Encontrarán gracia suficiente para ayudarlas en el cuidado de sus hijos. Abiertas están las puertas para toda madre que quiera depositar su carga a los pies del Salvador. El Ser que dijo: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis" (Mar. 10:14), sigue invitando a las madres a que le traigan a sus pequeñuelos para que los bendiga.

En los niños allegados a él, el Salvador veía a hombres y a mujeres que un día serían los herederos de su gracia y súbditos de su reino, y algunos, mártires por su causa. Sabía que esos niños lo escucharían y lo aceptarían como su Redentor más rápidamente que los adultos, muchos de los

cuales son sabios según el mundo pero duros de corazón. Al enseñarles se colocaba al nivel de ellos. Él, la Majestad de los cielos, respondía a sus preguntas y simplificaba sus importantes lecciones para que las comprendiera su entendimiento infantil. Plantaba en la mente de ellos la semilla de la verdad, que años después brotaría y llevaría fruto para vida eterna.

Responsabilidad de los padres

Cuando Jesús dijo a sus discípulos que no impidieran a los niños acercarse a él, hablaba a sus seguidores de todos los siglos: a los dirigentes de la iglesia, ministros, consejeros y todos los cristianos. Jesús atrae a los niños y nos manda: “Déjenlos venir”; como si nos dijera: “Vendrán, si no les impiden”.

Cuídense de dar una imagen errónea de Jesús con vuestro carácter falto de cristianismo. No mantengan a los pequeñuelos alejados de él por vuestra frialdad y aspereza. No sean causa de que los niños sientan que el cielo no sería un lugar placentero si ustedes estuvieran allí. No hablen de religión como de algo que los niños no pueden entender, ni actúen como si no esperaran que ellos acepten a Cristo en su niñez. No les den la falsa impresión de que la religión de Cristo es triste y lóbrega, y de que al acudir al Salvador tienen que renunciar a todo lo que llena la vida de gozo.

Mientras el Espíritu Santo influye en los corazones de los niños, colaboren en su obra. Enséñenles que el Salvador los llama, y que nada le produce mayor gozo que verlos entregarse a él en la flor y lozanía de su edad.

El Salvador considera con infinita ternura a las almas que compró con su sangre. Pertenece a su amor. Las mira con indecible cariño. Su corazón anhela alcanzar no sólo a los

mejor educados y atractivos, sino también a los que por herencia y descuido presentan rasgos de carácter objetables. Muchos padres no comprenden cuán responsables son de esos rasgos en sus hijos. Carecen de la ternura y la sabiduría necesarias para tratar con los que yerran por su culpa. Pero Jesús mira a esos niños con compasión. Sabe seguir el rastro desde la causa hasta el efecto.

El obrero cristiano puede ser un instrumento de Cristo para atraer al Salvador a esas criaturas imperfectas y extraviadas. Con sabiduría y tacto puede unirlos a su corazón, puede infundirles ánimo y esperanza, y mediante la gracia de Cristo puede ver transformarse su carácter, de modo que resulte posible decir respecto de ellos: “De los tales es el reino de Dios”.

Cinco panecillos alimentan a una muchedumbre

Durante todo el día la gente se había apiñado en derredor de Jesús y sus discípulos mientras él enseñaba a orillas del mar. Habían escuchado sus palabras de gracia, tan sencillas y claras que para sus almas eran como el bálsamo de Galaad. El poder curativo de su mano divina había suministrado salud al enfermo y vida al moribundo. Ese día les había parecido como el cielo en la tierra, y no fueron conscientes del tiempo transcurrido desde que comieran.

El sol se hundía en el poniente, y sin embargo la gente tardaba en irse. Finalmente, los discípulos se acercaron a Cristo para instarlo a que, por consideración a la multitud, despidiera a la gente. Muchos habían venido de lejos y no habían comido desde la mañana; podían obtener alimento en las aldeas y ciudades cercanas. Pero Jesús dijo: “Dadles vosotros de comer” (Mat. 14:16). Luego, volviéndose hacia

Felipe, le preguntó: “¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?” (Juan 6:5).

Felipe echó una mirada sobre el mar de cabezas y pensó cuán imposible sería alimentar a tanta gente. Respondió que 200 denarios* de pan no bastarían para que cada uno comiese un poco.

Jesús preguntó cuánto alimento había disponible entre la gente. Andrés dijo: “Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados; pero ¿qué es esto para tantos?” (vers. 9). Jesús mandó que se los trajeran. Luego dispuso que los discípulos hicieran sentar a la gente sobre la hierba. Hecho eso, tomó ese alimento y, “levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió y dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud. Comieron todos y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas” (Mat. 14:19, 20).

Cristo dio de comer a la muchedumbre merced a un milagro del poder divino; sin embargo, ¡cuán modesta era la comida provista!: sólo los peces y los panes que constituían el alimento diario de los pescadores de Galilea.

Cristo podía haberle dado a la gente una colación suntuosa; porque el alimento preparado meramente para satisfacer el paladar no les habría servido de enseñanza para su bien. Mediante ese milagro Cristo deseaba dar una lección de sobriedad. Si los hombres fueran hoy de hábitos sencillos, y si viviesen en armonía con las leyes de la naturaleza, como Adán y Eva en un principio, habría abundantes provisiones para satisfacer las necesidades de la familia humana. Pero el egoísmo y la gratificación de los apetitos trajeron el pecado y la miseria, a causa del exceso por una parte y de la necesidad por otra.